

LIBRO SEGUNDO.

DESDE SU ENTRADA EN LA COMPAÑÍA

HASTA QUE LE ENVIARON Á ROMA.

(De 1616 á 1618).



CAPÍTULO PRIMERO.

DA BERCHMANS PRINCIPIO Á SU NOVICIADO.

- I. Retrato de San Juan.—Entra en el noviciado.—Primer acto de virtud.—Abrazos y lágrimas de consuelo.—De qué fuentes se toman estas noticias.
- II. Su primer propósito.—Lánzase á la carrera.—Se propone enmendar faltas.—Paga porque se las digan.—Los novicios no se las hallan.
- III. Los Padres graves se dan por vencidos.—Era un ángel en boca de todos.—Voces de sus connovicios.—Forjan nombres con que apellidarle.

I

ERA Juan de mediana estatura y de comple-
xión felicísima aunque algo delicada. Da-
ban realce á la buena proporción de su
rostro la tez blanca suavemente sonrosa-
da, la frente espaciosa y tersa, los ojos pequeños,
pero vivos, cejas pobladas y negras, nariz que ti-
raba algo á aguileña, labios delgados, boca risue-
ña, barba vestida de bozo rubio como el cabello.
Estos delineamientos, compuestos con primor y
las demás partes del cuerpo debidamente ajusta-
das, decían muy bien con las prendas de su alma
nobilísima y con la gallardía de su franco y gene-

roso corazón, de forma que en todo el semblante sobremanera apacible y en el aire y movimiento de todo el cuerpo se representaba un no sé qué de celestial gracia, que en medio de embelesar los ojos, despertaba suavidad, recogimiento y devoción en cuantos le contemplaban ¹.

Amaneció el sábado 24 de Septiembre de 1616, día de Nuestra Señora de las Mercedes.

El joven Berchmans, derramando por toda su persona el gozo del corazón, salía de la calle de Beffroi en compañía de otro mancebo más mozo que él, llamado Vriese. Llevaba Juan un jubón negro y calzas atacadas, que daban gracia á su mediano talle, protegido por un herreruelo pardusco flotante sobre los hombros. Una larga valona lisa y sin alechugar, sostenida por un cuello negro circundaba su rostro ovalado y hacía resaltar con nuevos visos la hermosura de su blonda cabellera ².

Los dos mancebos avistaron luego la fachada del espacioso edificio, mansión del silencio y de la paz, donde tenía su noviciado la provincia de Flandes. Llegan y paran. Berchmans, dichas dos palabras al joven Vriese, tira de la campanilla: ábrese la puerta al sonido; entra Juan con su amigo en la dichosa morada, cual suele el hijo que después de azarosas ausencias arriba al hogar paterno.

Penetran más adentro los dos: á pocos pasos encuentran con otro joven de su edad, Teodoro Vandermeer, retórico del Colegio de Bois-le-Duc, que desganado también de las cosas del mundo,

¹ Proc. rom., pág. 581.

² De todas estas prendas de vestir da puntual noticia el libro de la Ropería de aquel año, donde se registraban los trajes de los postulantes novicios —Vanderspeeten, lib. I, cap. IV.

viene á lavar su corazón de tristezas entre los compañeros de Jesús. Levanta los ojos el retórico de Malinas para mirar al de Bois-le-Duc; con esta sola mirada le roba el afecto, y con la confianza de amigo le dice: *¡Dichosos nosotros que juntos venimos á llamar á las puertas de la casa de Dios! No permita su divina Majestad que malogremos tal dicha. Vivamos unidos, mi buen Teodoro, en esta santa religión adonde nos llama el servicio de Nuestro Señor, y vedmonos, después de los largos trabajos que nos esperan, en la Compañía de los santos.* ¹

Mientras responde Teodoro á estas demostraciones, repara nuestro postulante que andaba por allí un hermano lego estercolando la huerta, y vuelto al de Bois-le-Duc le dice: *¡Linda ocasión! para dar principio á nuestra entrada no hay como la humildad y caridad* ². Y diciendo lo demás con el ejemplo, suelta el herreruelo, echa mano al azadón y convida al otro á prestar al hortelano el favor de sus brazos. Admiraron los que esto vieron la bizarría de su fervor. El jovencito Vriese, que le había acompañado, con esto y con el apretón de despedida sintió hervirle un incendio de deseos en el pecho, pero se contentó por entonces con obligarse á menudear las visitas y á dar la última mano á su pretensión ³.

Bajó á recibir al recién llegado el P. Sucquet,

¹ *O mi frater, uti jam simul Dei serviendi causa in hac societate concurrimus, ita et simul in coelesti vivamus.* (Proc. rom., pág. 358.)

² *Ecce vel jam nunc quo incipimus non licet nobis melius quam a charitate et humilitate.* (Proc. rom., pág. 358.)

³ *Dixit quod ipsum duxerit ad novitatum... quod adhuc existens in saeculo visitaverit dictum Joannem in novitiatu, et ab eodem bonas admonitiones recepit.* (Proc. Amb. in Proc. rom., pág. 196.)

que era á la sazón maestro de novicios y rector del colegio. *Después del P. Sucquet*, dice el Padre de Greeff, *fui yo el primero que abracé á Juan Berchmans. Al anocheecer, según costumbre, quise lavarle los pies: caro me costó el obsequio; mucho hice, pero no pude negarme á que el santo joven prestase el mismo oficio á este su indigno maestro.*

Cuando se vió introducido en el noviciado, y se sintió preso y apretado blandamente entre los brazos de jóvenes nunca vistos, y en medio del regocijo de los abrazos se oyó saludar por primera planta del colegio de Malinas (pues de él no habían entrado aún otros novicios), no es fácil de imaginar lo que pasó por su alma de fuego; no le cabía la alegría y desahogábala por los ojos con un hilo de dulcísimas lágrimas, que hasta entonces había procurado reprimir. Durante todo el tiempo de recreación no dejaron de bañar sus mejillas raudales de puro consuelo. Con más de sesenta jóvenes se halló en el noviciado. Todos afectuosamente le daban mil parabienes por la fortuna de ser el primer alumno del colegio que había roto con los lazos del siglo; á las finezas correspondía él confuso derramando el corazón con afectos de agradecimiento al Señor y á su bendita Madre. Veía colmados sus deseos, y á la sombra del silencio su sosiego y paz, y que gran parte de su gloria era el haber sido escogido para franquear con el ejemplo la entrada á otros muchos ¹. Y con efecto, el ruido de la suya atrajo multitud de jóvenes, que disgustados del mundo, al olor de sus virtudes sepultaron en la obscuridad de la sotana el esplendor de sus carreras. Un centenar de no-

¹ *Gaudebat se esse primitias scholarum mechliniensium.*
(P. Bauters.)

vicios se vieron en breve reunidos bajo un mismo techo con él.

Antes de pasar adelante y de entrar en el noviciado, no será fuera de propósito advertir cuál sea la fuente principal de donde tomamos la relación de los sucesos. El P. Guillermo Bauters reemplazó al P. Sucquet en el cargo de maestro de novicios, y le ejercitó con grande loa de 1617 á 1620. Pasados apenas tres meses, muerto el Santo, envió á Roma todas cuantas nuevas había alcanzado sobre su novicio. Su testimonio se insertó en el Proceso Romano, de allí le han trasladado algunos historiadores, y en particular acaba de publicarle fielmente el P. Angelini, en la Vida que ha dado á luz. He preferido repartir ordenadamente los capítulos que toca el P. Bauters en dicho documento y ofrecerlos aquí al lector, no seguidos y revueltos, sino aislados y en su propio lugar, conforme al plan propuesto, cuidando que la traducción española vaya conforme al espíritu y letra del original, cuanto ha sido posible. Este testimonio y los que se juntaron en el proceso de Amberes de 1623, nos serán guía y fundamento en esta parte importantísima de la Vida de San Juan Berchmans.

II

MUN antes de ser recibido en la Compañía, le oyeron afirmar y protestar que quería á todo trance ser santo, y santo de veras. ¿Cómo concebir, repetía, que deje de alcanzar un grado eminente de perfección quien posee en la Compañía cuantos medios pudiera apetecer? La resolución

era firme y eficaz; á proporción lo fueron los medios con que trató de ponerla en obra. Fiel á la palabra, al paso que iba entrando más adentro en la lectura y espíritu del Instituto, á esa medida cobraba alientos para dar cima á la generosidad de sus propósitos. Reparó que el Instituto de la Compañía en cada página pide al religioso *todo punto de perfección en el cumplimiento de todas las constituciones y modo de proceder;—la práctica de cuanto se entienda ser de mayor servicio de Dios;—buen ejemplo de toda virtud en obras y en palabras;—la mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles:—*y espoleado por estas voces que armonizaban perfectamente con los aceros de su espíritu, y persuadido á que mal aspira á perfecto religioso quien no comienza á ser perfecto novicio, y que el fin de los que están en probación debe ser guerra á los propios gustos, puso los ojos en aquella máxima tan encarecida por San Ignacio, que la virtud del hombre espiritual no tanto ha de medirse por la grandeza y tomo de las cosas que hace, cuanto por la puntualidad y espíritu con que las hace.

Ejecutar con perfección extraordinaria y singularísima las obras ordinarias y comunes, fué el dictamen que abrazó desde el principio, y la determinación que formó; según ella echó el cimiento de una virtud aventajada, según ella fué siempre y en todo lugar creciendo hasta llegar al punto más encumbrado de la santidad. El que era ya modelo de hijos en el hogar paterno y de colegiales en el colegio de Nuestra Señora, el que había acaudalado grandes merecimientos en casa del Licenciado Froymont, el que siendo congregante había esparcido por Malinas fragancia de buenos ejemplos, siendo ahora novicio de la Compañía pareció

condenar su desidia y pronunciar sentencia contra el tiempo malogrado, y tomando nuevas alas, lanzóse á conquistar el inmenso peso de gloria que se le ponía delante, con el ardor del viajero que, despertando del letargo, se da prisa á resarcir el tiempo perdido.

Miguel Grysio tuvo la fortuna de ser el primer novicio que trató familiarmente con él, como señalado para adiestrarle en los primeros rudimentos de la vida religiosa antes de vestir la sotana ¹, y declaró, luego lo diremos, que apenas hubo Juan puesto el pie en casa dióse á guardar los ejercicios de primera probación con grande exactitud, sin faltar un ápice á su observancia. ¿Qué mucho que los novicios más adelantados se espantasen de que en el primer mes hubiese andado más trecho en el camino de la virtud que ellos en más de un año? Su puntualidad, prontitud, perfección, nimiedad, digamos, en ejecutar todos los actos y avisos del noviciado, saltaban á los ojos de los menos atentos, y todos para salir de su asombro hacían cuenta que Dios les había enviado en Juan Berchmans un cabal dechado del perfecto novicio, á cuya imitación podían caminar pero no llegar. Singular correspondencia que fijó desde este punto el curso de las gracias divinas.

Una de sus sentencias (y se la repetía á los Hermanos coadjutores cuando con ellos trataba) era no tomar las cosas por mayor y á bulto, sino con orden de principios y causas. A poco de haber entrado procuró solicitar con súplicas y razones, de superiores é iguales, tuviesen á bien corregirle las faltas é imperfecciones, por menudas que fuesen, que le vieran cometer en la observan-

¹ Proc. de Amb. de 1623, inserto en el Proc. rom., pág. 185.

cia regular. No le importaba quién se las avisase, como no faltase el aviso. A este fin alcanzó del Padre Maestro que cuatro Hermanos novicios tomasen á pechos el cuidado de llevar los ojos en él y de amonestarle de la conveniente enmienda.

Quien andaba con verdaderos deseos de salir perfecto novicio y sólo pensaba en quitar faltas, por dicho de su Padre Maestro, experimentaba gusto sensible en recibir reprensiones de quienquiera, en publicar sus culpas delante de todos, en ofrecerse á penitencias, en ocuparse en cosas humillantes y mortificativas, señalándose en el espíritu y verdad con que las hacía.

Un novicio acosado por él para que le dijese las faltas, se puso en acecho por ver si descubría alguna imperfección contra la regla: un día le sobrecogió en una ocupación que pedía los cinco sentidos; el novicio haciase todo ojos sin pestañear para hallar algo que reprender y caerse encima de golpe, y vase luego á avisarle de una faltilla, en que el mismo censor conoció después que había tenido más parte el celo de su empeñada vigilancia que el descuido del Hermano Berchmans. *Le doy rendidas gracias*, respondió éste, *y le prometo en pago rezar tres rosarios. Y cada vez que se sirva hacerme la caridad, llevará igual recompensa.* El novicio, estimulado con la ganancia, tenía de continuo en él puesta la mira; miró y atalayó, así lo confesaba después, pero no logró notar en Berchmans otro descuido que le valiera tres rosarios.

Importunado por él, dice el P. Bauters, *acudí yo mismo á los novicios rogándoles de uno en uno secretamente, me trajesen por escrito, después de bien meditada, una lista de los defectos que les parecieran notables en el santo*

joven. Llegado el día de culpas, abriéronse las cédulas estando todos presentes; y cuando hubiera yo tenido motivo de creer que entre más de cien novicios no faltaría quien hallase algo que desear en la persona de Juan, con harlo asombro y edificación de todos oímos cómo bajo diferentes formas todas las censuras se reducian á esta substancia: ninguna cosa he reparado en el Hermano Berchmans que requiera enmienda.—Juicio que por ser de todos, prosigue el P. Bauters, sube á grande honra la observancia del Hermano, pues es cosa averiguada, con qué sagacidad los ojos lince de nuestra gente moza aciertan á rastrear los defectos ajenos, merced á la delicadeza, emulación y actividad con que procuran estudiar y desarraigar los suyos propios. Me han ellos asegurado que cada vez que se encuentran con él, sienten una suerte de contacto divino, como si fuera la gracia de Dios que parece rebosar y como rezumarse por ojos, labios y poros de toda su persona ¹.

Da realce á este testimonio la declaración antes indicada del Hermano Grysio. *Tuve cargo, dice, del Hermano Berchmans en la primera probación. Todas las virtudes parecían juntarse en él. Cuantas veces el Padre Maestro preguntaba por su novicio, me veía forzado á responder que ninguna cosa notaba que fuese digna de corrección. Porque entrado que hubo, procuró con grande esmero guardar los puntos y tildes del orden y distribuciones del noviciado.*

¹ Proc. de Amb., pág. 185.

III

LA diligencia de los novicios dábase ya por vencida. Razón era que los Padres graves tomasen por su cuenta el examen de aquel pasmo de observancia. Muchos de ellos discurrieron detenidamente si descubrirían alguna virtud en los santos religiosos de la edad del Hermano Berchmans que se echase de menos en él. El caso es bien singular; pero ni una imaginaron siquiera que no tuviese cabida y no resplandeciese en aquel espejo de virtudes y en grado más que común ¹. Esta prueba perentoriamente demuestra su exquisita fidelidad á los toques de la gracia: fruto era de aquel propósito de ser todo de Dios, que limpiaba y desterraba de su alma el menor resabio de imperfección. Y es cierto que cuando se enciende en un alma bien dispuesta el amor de la santidad, puede darse por vencida la dificultad de la empresa. Con mucha razón solía decir el Doctor Angélico, como tan experimentado, que la santidad se alcanza con sólo *querer*. Nuestro novicio *quería* muy de veras, y alcanzaba lo que *quería*. Si montes de dificultades se le cumulaban delante, la afición y el fervor se los iban allanando.

Siendo esto así, ¿quién de los novicios de Malinas presumió irle á los alcances á este ciervo sediento que, dejando de correr, volaba tras la fuente viva de la perfección? A todos ponía asombro la inocencia que se reflejaba en ojos y semblante,

¹ Proc. rom., pág. 348.

la discreción y mesura que daba peso á las palabras, la regularidad que gobernaba las acciones, el fervor que ponía espuelas á su deseo: para resumir en una palabra todas estas cualidades, la cifra que hallaban más propia era el melifluido renombre de *ángel*. Es el vocablo que ocurre con más frecuencia en los procesos de sus virtudes. Ángel le apellidaron Van Stiphout, Emmerick, Timmermans, Froymont, compañeros de casa, amigos de su juventud; ángel le llamó el P. Bauters, cuando hubo examinado su vocación; ángel el P. Carlos Scribani, cuando le admitió á la Compañía; ángel en fin le aclamaban todos cuantos en el siglo y en la religión le conocieron y trataron. Verdad sea que los destellos del candor virginal que hermosaban su semblante, ayudaban á ese concepto, pero lo que le sustentaba y esclarecía era el maravilloso enlace con que se hermanaban en él la firmeza y la blandura, y se abrazaban la devoción y el regocijo, y la discreción y el fervor se daban amigablemente las manos: raro concierto, que le colocó en la opinión de sus connovicios fuera del número de los mortales y le subió á sér angélico y sobrenatural. Elogios no se los escasean ellos; y ¡cuán regalados! Traslademos algunos al pie de la letra.

Su presencia, dice Conrado Van Hasten, *daba júbilos espirituales á los que por indoleó pusilanimidad andaban tristes y melancólicos.*—*Sus ojos*, contesta Ricardo Matias, *bastaban á bañarme de alegría estando yo en primera probación*—*Certifico*, prosigue un tercero (Enrique Vander Broek), *haber oído á un ejercitante preguntar, ¿quién es aquel ángel tan modesto, humilde y afable?*—*La sonrisa siempre en los labios*, añade el celebrado poeta Hosquio, *mostraba bien la paz*

y serenidad de su interior. Dos años viví con él en el noviciado, y puedo asegurar, con juramento si es menester, que jamás le reparé el más mínimo impetu de enojo ó desabrimiento; y eso que era de su condición brioso y ardiente.—Después de tantos testigos no se tendrá por encarecimiento la declaración del Hermano Gil Jenin.—A un novicio, dice, le oí confesar que no leía la Vida del B. Luis Gonzaga, porque la tenía siempre viva delante de los ojos en la persona de Berchmans.—En el proceso de Amberes de 1623 léense, fuera de estos, otros muchos testimonios igualmente honoríficos, que sería prolijo relatar.

No es mucho que la admiración de estos jóvenes no acertara siempre á andar acompañada de la cautela conveniente.—Sabéis, Hermanos, dijo un día un novicio jugueteón en presencia del Hermano Juan, ¿cuál fué el prodigio más señalado que obró la Virgen de Monteagudo?—Quedaron todos suspensos.—Fué, prosiguió con disimulo, hacer que apareciese en una villa que llaman Diest cerquita del santuario, un ángel en carne humana ¹.—Todos los ojos se fijaron en Juan, que se puso de mil colores á causa del sonrojo provocado por la gracia del expresivo apodo; pero la impertinencia, que hallaba disculpa en la jovialidad del narrador, dió lugar á que todos se edificasen con el aprieto del sorprendido paciente.

No era su natural, como los hay á veces, broncos y ceñudos, que estando todavía por desbatar, imaginan ser la melancolía parte de la devoción, y hácenla tanto mayor agravio cuanto con modales más toscos la pretenden acompañar. En nuestro novicio al revés: festiva siempre, siempre

¹ Proc. rom., pág. 360.

tierna, siempre dulce, siempre abierta, parecía la devoción con tantos atractivos, que á todos enamoraba, y todos se gozaban con la posesión de aquel rico tesoro de gracia y edificación. Los novicios, para significar el regalo que sentían con el buen olor de su virtud, dieron en forjar renombres con que entenderse entre sí y nombrarle con frecuencia: llamábanle Hermano Leto, Hermano Hilario, Hermano Jovial, ¹, cuya donairosa invención, él, muy distante de censurar la aprobaba y aplaudía, dándose por entendido y correspondiendo finamente al oirse apellidar con títulos tan de su agrado.

¹ *Tanta in vultu suavitas et laetitia ut a quibusdam Hilarius vocaretur, ab aliis hilaris sanctus.* (P. Bauters, Proc. rom., pág. 360.)

